

Arturo Alfonso Roselló
Blasco Ibáñez pontificador del yoísmo
Trascendentes revelaciones de este hombre genial. Siendo tan solo un
pasajero del *Franconia* desembarca en Cuba y descubre a Zola y a Balzac
(*Carteles* [La Habana], noviembre 1923, pp. 25 y 60-62)

Estamos en el hall del Sevilla Sergio Carbó, Eduardo Avilés Ramírez y yo. Triple espera. Y tres distintos temperamentos anímicos. Carbó, impaciente, activo, moviéndose con fecunda impaciencia. Avilés, tardo, hermético, cultivador de recelos indígenas. Yo... apenas si estimulando interiormente, con muelle respeto a los deberes del profesionalismo, mi indolencia fácil, que no siente curiosidad ante el genio...

Los tres convergimos al hall por un idéntico propósito entrevistista. Más allá de los corredores estucados, exhibiendo su desnudez crasa por encima de los manteles de lino, la calva del novelista Blasco Ibáñez se destacaba, se erguía, tremolaba con impudor su incandescencia.

Allí estaba, muy cerca de nosotros, nutriéndose con gula, atacando con ferocidad los langostinos, el excelente creador de *La barraca*. Como entendemos que el periodismo se nutre con hechos y con datos bien descriptivos, diremos que Blasco Ibáñez ingirió bien, sólidamente, con bravura. Al cabo se irguió. En su torno damas gentiles prodigaban sonrisas, tejían cañamazos de halagos... Congestionado, lento, el excelso escritor agradecía. Por fin derramó sobre el esqueleto de un pollo toda su gratitud enternecida, y se encaminó majestuosamente hacia el hall.

Los tres salimos a su encuentro. Conte, Rafael-Conte, curvado por la fatiga de un día en que sirvió de cicerone al escritor, simbolizando con solemnidad la alcaldía, hizo las presentaciones rituales. Nos llegó el turno y apretamos una diestra húmeda y fofa. Enseguida observamos: Blasco Ibáñez —sea dicho sin irreverencia— oculta con rubor su estimable propensión al aseo. Es un hombre pulcro y limpio, pero lo disimula. Su rostro parece beatífico. Es, al menos, su impresión inicial. Luego se enrojece, se altera, enarca las cejas felpudas, construye gestos de suficiencia que perdona, habla como desde un Himalaya de genio...

Las mejillas abaciales exhiben abundancia de pelo. Alrededor del cuello blando donde las adiposidades se enroscan, el sudor pone sombra de luto. Y el novelador con la temperatura del trópico, sintiendo acaso un picor raro, dio excesivo trabajo a sus uñas...

Yo —créalo el lector— soy benévolo. Escribo dando trazos. De fijo que no saldrá Blasco Ibáñez airoso del boceto. Pero la culpa es suya. Yo

pinto lo que vi y mojo siempre mi pluma en una tinta de verdad agresiva. Después del saludo, interrogo:

—Mi revista es de especializaciones: cines, teatros, *sports*... Usted tiene prisa... Yo no quiero entrevistarle con método. ¿Qué opina sobre el cinematógrafo?

Lanza un «¡bah!» suficiente, lleno de complejidad y mutismo. Luego agrega:

—Hay mucho que hablar... Uf... El cine... Esa es la novela del porvenir...

Entonces Carbó interroga, con una serenidad incisiva:

—¿Qué piensa usted de la actitud estudiantil?

Blasco Ibáñez se encoge de hombros. Parece dar menos importancia a ese detalle que al mugre ornamental de su cuello. Luego sonríe con un gesto clemente:

—Mire usted... Me alegro de ella... Tengo gota... Desde ayer el reumatismo me agobia... Y calcule, una conferencia siempre supone esfuerzo, estar de pie, inventar cosas... Cuando me dijeron: «No hablará usted», pensé con gozo: «Vaya, hombre, me libré de eso...»

Carbó, con malicia, hurgando el tema como un cirujano en una llaga insiste:

—Bien pero ¿le invitaron ellos, los estudiantes? ¿De quién partió la invitación?

Blasco Ibáñez abre sus brazos con un gesto que lo derriba todo y donde él pone su desprecio a los hombres, a la naturaleza, a Dios...

—Hombre, no me hable usted de eso... Yo no recuerdo el caso... Me invitó allá, en New York, el cónsul de Cuba... No acepté... Insistió entonces ese chico español... que representa *La Marina*...

—¿Zárraga?

—Exactamente, Zárraga... «Vaya, Blasco, no se niegue... Caería eso mal...» Y entonces, pues «phss», acepté. Yo he sido estudiante... Me inspiran siempre simpatía los chicos...

El novelista chasquea su lengua y se relame el belfo, como un angora beatífico. Carbó, cruel, con una implacable insistencia, interroga:

—¿Y en qué se funda la negativa estudiantil a permitirle disertar entre ellos?

El autor de *La barraca* se irguió, majestuosamente, y contempló a Carbó con extrañeza...

—Pero, ¡por Dios! ¿Ustedes no me conocen todavía?

Todos negamos, con una ignorancia humillante. Y Blasco, entonces, engolando la voz, descubrió la maravilla solemne:

—Pues yo soy Blasco Ibáñez... Esas cosas no pueden herirme... Yo tengo renombre... Estoy traducido a siete idiomas... El mundo es muy grande... ¿Qué puede importarme no discurrir en Cuba? Además, yo soy tan solo un pasajero del *Franconia*... Yo no he venido aquí... Si el *Franconia* tuerce la ruta y hace escala en el polo, no es cosa que me quite el sueño... No es que desdeñe a Cuba... Acaso venga un día, no a conferenciar, porque he jurado nunca hacerlo en la América, sino a ver, a pasear...

—¿Y Cuba? ¿Qué le parece Cuba?

Blasco Ibáñez no entiende bien y frunce con acritud el entrecejo. De fijo piensa que insiste sobre el tema el compañero.

—Vaya, ¿otra vez?

—No —aclara Carbó—. Le digo que si le gusta Cuba...

Ensayando una ironía basta, burda, sin sutileza griega, el novelista exclama:

—Hombre... Cuba no la conozco... querrá usted decir la Habana...

Enseguida, mirando en derredor, sonrío, como buscando una adhesión admirativa...

Esta prueba de ingenio nos desconcierta y nos aplana.

—Pues —replica—, es bonita la Habana... Se nota progreso... casas altas... movimiento... vida comercial... Yo estuve antes aquí. Y algunas cosas las he reconocido... Tengo buena memoria, dotes de observador... He de volver un día...

—Y usted, ¿está satisfecho de su obra?

—Hombre, es claro —replica—, pero siempre me parece mejor la próxima, la que tengo en proyecto...

Carbó insiste:

—Pero algunos señalan mercurialismo en su labor, falta de refinamiento artístico...

—¡Bah! —replica, de nuevo esponjado y solemne—. Exquisiteces... preciosísimos... Yo no maculo mi obra con eso... La hago afanosamente, con urgencia, con fiebre creadora, la doy al mercado, al público que incesantemente me demanda y me lee. Ese debe ser el propósito, creo yo, de todo escritor auténtico: vender sus obras. Él es el fallo más justo. ¿Qué me importa que me critiquen? Son los sordos rencores de la impotencia. A mí se me lee, esa es la gran verdad. ¿Por qué razón purificar mi estilo? Vaya, hombre... Es la vieja fábula de la zorra... ¿La conocen ustedes? ·

Negamos... avergonzados, bajo una densa capa de ignorancia y de error... Entonces, Blasco Ibáñez, caritativo, nos descubrió la maravilla inédita:

—Sí, hombre... La zorra que veía las uvas... no las podía alcanzar... Y declaró que estaban verdes...

Apuntamos el dato con una enternecida gratitud hacia el genio.
—¿Usted volverá a México algún día?
—No... Ya estuve allí... No tengo nada que buscar de nuevo...
—Y su libro, ¿qué piensa usted de la opinión adversa que despertó en la América?

Don Vicente entorna los ojos para acentuar aún más su miopía del recuerdo:

—¿Qué libro?

—Su libro sobre México...

De nuevo se impacienta, por nuestra ignorancia agresiva:

—Ustedes no me leen... Ustedes no me conocen sin duda... Yo no me acuerdo de ese libro... He escrito muchos después... Y seguiré escribiendo... Hay que darse cuenta... Yo soy Blasco Ibáñez... Mi nombre es universal... ¿Conocen a Zola? ¿Conocen a Balzac?

Enmudecemos, invadidos por una duda fiera:

—Zola... Balzac... Literatos, ¿no es cierto? Sí, hemos leído alguna cosa de ellos...

—Pues entonces, ¿por qué me preguntan estas cosas?

—Por nada, don Vicente... Curiosidad, deberes del profesionalismo.

Don Vicente calma su exaltación. Y enseguida observa:

—Yo no me preocupo de ciertas cosas... No puedo preocuparme... Tengo muchas otras que hacer... Uff... No tienen idea... Estoy aquí inquieto por lo que habré de hacer mañana... Precisamente finalizo una novela... Otra más... Yo he escrito muchas novelas...

Comienza a fatigarme esa expansión individualista del yo. Interrogo, buscando la generalización de un tema:

—¿Ha escrito algo más para el cinematógrafo?

—Sí... para Mae Murray... Argumento complejo, de una interpretación difícil...

—¿Y *El paraíso de la mujer*? ¿Se filmará por fin?

—Phss... Quién sabe... Tiene dificultades técnicas... El mejor día las resuelven y la llevan al film... No me preocupo tampoco de eso... Yo cobro los argumentos... Lo demás corre por cuenta de ellos...

—Y de las dos adaptaciones a sus novelas filmadas, ¿cuál le parece más perfecta: *Sangre y arena* o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*?

—¿Cómo dos? Pero si son muchas... Ahora mismo se filmó *La barraca*. Y se va a filmar *Los muertos mandan*... *Los cuatro jinetes* quedaron muy bien... Su interpretación, ideológicamente, fue perfecta...

Hay una pausa grave... El novelista, de pie —alto, macizo, cuadrado—, impone la sensación de un piloto normando. Nada en su frente denota al pensador, al hombre de gabinete, al dominador de los secretos del idioma. Soy imaginativo y traslado al creador de *Mare Nostrum* a una plataforma tranviaria. Está allí, con la retranca en la diestra y el oído atento a

la señal de salida. De pronto un chófer se interpone y Blasco Ibáñez detiene el carro con un ademán fuerte y brusco. Es un buen motorista. Lo instalo, aún con más audacia, en una cantina de bodega. Pero el narrador de *Los argonautas* resiste la prueba. Y esta allí, docto y ágil, combinando *coteles*.

Carbó, en silencio, urde alguna interrogación afrentosa. Yo indago:

—De fijo, en este viaje, funda usted empeños editoriales...

—¿Editoriales?

—Sí, narración de sus impresiones ambulantes... de viajero.

—Claro, por Dios... Pero esos son empeños literarios, no editoriales... No confundir, hombre no confundir...

Avilés Ramírez clava en Blasco Ibáñez, con mudez rencorosa sus pupilas. Ha estado todo el tiempo en silencio, atisbando con acritud su yoísmo. Blasco lo mira benévola. ¡Qué caramba! Este, por lo menos, no lo acibillaba con su curiosidad irreverente.

Don Vicente —a quien los argentinos llamaban Blasco y Báñate, sin duda alguna por exageración nativista— se torna súbitamente confidencial y afable... Pero hablando de sí, emplea siempre una respetuosa cautela.

—Cuando yo escribí *La barraca* vendí apenas 600 ejemplares... Era una obra fundamental. Hoy cualquier narración amena me produce miles... Más de veinte años son requeridos para la vulgarización del mérito.

Sonríe, con blanda sonrisa clemente:

—Créanlo ustedes... Nada de esto tiene importancia... Excepto que ustedes se obstinen en «hinchar el perro»... ¿Saben ustedes lo que es «hinchar el perro»?...

Era demasiado enojoso negar también ese desconocimiento inaudito:

—Sí sabemos eso... Cómo no... conocemos lo del perro.

Blasco Ibáñez, guiñando el ojo con malicia, observa:

—Vean ustedes. Las diecinueve repúblicas hispanas de la América se parecen mucho... Tienen rasgos característicos, es verdad, pero se confunden en todo. Observé eso en cuantas he visitado. Pues siempre, créanlo ustedes, encontré el periodista nativo, zumbón, hostil, que me interrogó con recelo... Después, al irme yo, publicaba la crítica... Y afirmaba con regocijo y énfasis: «Ataqué a Blasco Ibáñez... Le dije mercenario... Probé que era torpe su estilo...» Hay que reír ante eso. Todo ataque envuelve una forma de admiración. Yo resulto ya un motivo predilecto para la acritud de la crítica... Y el crítico me ataca para que todo el mundo lo lea...

Yo sonrío... Tengo que sonreír... ¿Qué quiere usted que haga? Hay cosas que no tienen arreglo... Son fenómenos coherentes que nacen de un sentimiento muy humano: todo el mundo quiere gritar desde un sitio donde el grito resuene...

Extendió la diestra en despedida reconciliadora. Dijo algo más de tono vago, que no pude oír... Y comenzó a moverse con lentitud grave, como un paquidermo bien nutrido...

—Voy al Centro Valenciano... Voy al Casino Español... Y, ya saben...
Lean a Blasco Ibáñez... Recuerden siempre: Zola... Balzac...

Lo vimos alejarse, en medio de admiradores diligentes, de
comisionados representativos... de sujetos con álbums...

Y sumergiéndome en el lavabo, con grima heroica, mis manos
pecadoras, pensé:

—Funciones de mediocre... El genio, loado sea Dios, no tiene nunca
que lavarse las manos.